



Revista

Horizontes Literario



Anoche cuando dormías

Claudia Patricia Ordóñez

Estudiante Programa de Trabajo Social III semestre

Hoy fue un día muy largo, lleno de ocupaciones, alegrías, altibajos e ilusiones. Llegué a casa muy cansada y sin más, decidí arrojarme a los brazos de Morfeo, quien no tuvo mucho trabajo para llevarme a su mundo bello y eterno. En él, un montón de colores y olores se mezclaron, llevándome por lugares extraños e inverosímiles.

Durante mi sueño, Morfeo decidió acompañarme durante todo el viaje, como un guía espiritual. A lo lejos, una silueta de luz brillante y muy fuerte nos atraía: era el recuerdo de un amor que, imposible, nunca pudo ser en la vida real. Morfeo se asustó al ver mi dicha mezclada con nostalgia e ilusión, me tomó de la mano y me transmitió una fuerza desbordante y de manera casi telepática logré ver una parte de su vida pasada.

Morfeo era un hombre normal, común y corriente, un ser humano con múltiples cualidades, pero con algunos defectos, uno de ellos, entregarse al cien por ciento por amor. Un día, él conoció a una bella dama, distinguida y muy educada. Él no sabía cómo acercarse, sin embargo, ella lo atraía de tal manera, que creó toda una situación para hablarle y pasar al menos un momento a solas. Su pretexto fue una pequeña pérdida de memoria o como él diría, un destello de "genialidad intelectual". Le preguntó: -sé que en tiempos pasados nos conocimos y hablamos... ¿me recuerdas?- Ella, un tanto confundida y para no pasar por descortés dijo que exactamente no lo recordaba, pero que tenía la sensación de haberlo visto antes. Esta situación dio inicio a largos momentos de conversación.

La vida de Morfeo fue transcurriendo con la dama a su lado, pero su semblante ya no era el mismo. El Señor de los Sueños se mostraba turbado y desconfiado. Su dama también lo notó, puesto que una noche, un hombre se acercó a ella y la elogió. Esto molestó mucho a Morfeo, pero no quiso hablar del tema. Cada día, la dama se iba desencantando frente al posesivo amor de su amado, siendo ésta la razón para abandonarlo y huir a tierras lejanas.

Desde aquel momento, el Señor de los Sueños dejó de dormir, no lograba conciliar el sueño, pensaba en todo momento en su amada que se fue. Desesperado, hizo un pacto con el mal: deseó entrar en la vida de su amada, o al menos, estar presente en el mundo onírico de su amada dama, y así fue.

Se sumergió en el más profundo de los sueños y cada noche era una cita con la mujer de quien tanto se sentía atraído. Pero ella, ni en sus sueños lo quería. Morfeo, al ver su evasiva, comprendió el gran error que había cometido, ya era tarde, no podía dar marcha atrás, debía continuar o, al menos, hacer lo mejor posible para vivir mejor.

Al ver este episodio de su vida con su mano tomando la mía, Morfeo sonrió y me explicó que la vida no es como uno quiere a veces, pero tampoco es tan mala; el mundo de los sueños permite vivir experiencias únicas, bizarras, impactantes, joviales, tiernas, inexplicables, en fin, experiencias efímeras o que vuelven con la rapidez de un 'déjà vu'.

Al despertar, tuve una rara sensación: mi cuarto estaba invadido por un aroma; el aroma indescriptible del mundo de Morfeo, y fue tal mi sorpresa, que creí seguir soñando, pero el mundo real hizo su aparición cuando alguien tocó a mi puerta. Y para más rarezas, esto sucedió: quien estaba al otro lado de la puerta era aquella dama, el amor del Señor de los Sueños, diciendo: "anoche cuando dormía, soñé a una mujer; soñé su ubicación; soñé a su gran amor; al despertar, encontré una carta en mis manos con esta indicación: ve hacia esa mujer, entrégale esta carta por favor; ya no volveré a incomodar. Ella dio media vuelta y se fue". Mi confusión era tal que no supe qué hacer. Esperé unos minutos para recuperar la calma, y con ansiedad retomé el papel que debía leer, sentí un gran sobrecogimiento, y la nostalgia de quien recibe noticias de manera tardía, pero precipitada a la vez.

La carta estaba cargada de sentimiento, amor y ternura de aquél que sólo puede amar una vez. En su interior contenía plasmadas estas palabras, que nunca olvidaré: "anoche cuando dormías, logré captar tu atención; no olvides, pues, vida mía, que tuyo es mi corazón". Desde entonces y cada noche, tengo una cita con lo irreal, que, a pesar de su lejanía, es una ilusión intangible, pero vivaz.